

I

Llovía. El agua chocaba sobre los cascos de bronce con un continuo martilleo metálico. Marco Vitruvio Rufiano aguardaba en pie, bajo la lluvia, mientras sentía cómo la túnica se adhería su cuerpo como una segunda piel. Olía a tierra mojada; a cuero, metal y sudor. Una tierra que jamás había estado seca, desde que fue creada, en el comienzo del mundo. A su derecha, alguien masculló una maldición, y, extrañamente, aquel exabrupto tan familiar le tranquilizó. Sin duda, todos pensaban en lo mismo: mañana habría mucho hierro por limpiar.

Los que sobrevivieran.

El sonido del *cornu* les ordenó retirar las fundas a los escudos. Lo hicieron a desgana, a sabiendas de que pronto estarían empapados. El cuero mojado pesaba como una placa de plomo; el brazo izquierdo les ardería durante toda la jornada. Dos parejas de alas y cuatro rayos de Júpiter surgieron bajo las fundas, sobre un gran óvalo escarlata, con una cúpula de hierro en su centro. A partir de entonces, sería lo único que los separaría de la muerte.

Marco inspiró hondo mientras aguardaba. La herencia alpina materna se hacía notar en la anchura de sus hombros, aunque el cabello oscuro y una piel curtida por el sol delataban su origen mediterráneo. Una cicatriz serpenteaba desde su frente hasta el labio inferior, partiendo su rostro sin desdibujar las facciones, y alzaba la comisura de la boca, esbozando una perenne sonrisa irónica, inquietante, dadas las circunstancias. Sus ojos negros contemplaban el mundo con serenidad y ocultaban un fuego interior que sólo afloraba en ocasiones contadas.

Aguardaron hasta que un griterío se oyó desde un castro envuelto en bruma. Al fin, sus puertas se abrieron: la primera buena noticia desde hacía días.

—Esos bastardos se han confiado —murmuró Marco.

Resonó un nuevo toque de *cornu*, esta vez más largo, y la formación comenzó a avanzar. El lodazal congelado corroía las cáligas y

embarraba los calcetines de lana. Se oyeron más maldiciones. Algunos se echaron a temblar.

A lo lejos, las puertas no dejaban de vomitar bárbaros. Más de los esperados. Muchos más de lo que los mandos les habían asegurado. Los veteranos dirigieron miradas de soslayo hacia el extremo derecho de la formación. El centurión permanecía impassible, como si nada. Atrás, los bisoños murmuraban asustados. El optión, con un gesto enérgico, les recordó a quién debían temer.

El viento les trajo el rugido de cinco mil gargantas. La formación continuó avanzando.

Eran una centuria, una unidad que, según la estricta teoría militar romana, estaba compuesta por ochenta hombres. Junto a la que marchaba ante ellos, formaban un manípulo. Otros dos manípulos los escoltaban por ambos lados, a cierta distancia. Los tratados dictaban que las seis centurias constituían una cohorte de cuatrocientos ochenta legionarios. Diez cohortes componían una legión.

Pero ahora no eran una *legio*, sino una *vexillatio*, un destacamento de dos cohortes. Y en el norte de la Galia, más allá de los confines del mundo civilizado, la teoría militar valía tanto como una puta de la Suburra. La guerra y la disentería habían reducido su número a poco más de la mitad, y un buen número de reclutas jamás había pisado un campo de batalla.

La misión de la *vexillatio* era asegurar el control de una vía de suministros durante la temporada invernal. Las órdenes del procónsul habían sido claras: evitar enfrentarse a cualquier fuerza que los superase en número. Se hallaban ante una muchedumbre de bárbaros, al pie de un castro perdido en un bosque de Bélgica. Y es que, a sus espaldas, observándolos desde una colina, un rancio aristócrata deseaba regresar a casa convertido en héroe.

Un coro de tubas les ordenó detenerse. Un griterío en multitud de lenguas surgió de nuevo, esta vez desde sus propias filas. Marco vio a los auxiliares correr en dirección al enemigo, y una avalancha de galos se precipitó colina abajo en desorden. El choque se produjo a mitad de camino. Los celtas utilizaron la pendiente para cargar con furia. Sus gritos y el entrec chocar de las armas les llegaron apagados por la distancia y la bruma.

Cayo Licinio Varrón decidió que era el momento de la arenga. El centurión gritó para hacerse oír sobre el estruendo, deambulando ante sus hombres como un animal enjaulado:

—*Milites!* Es mi deber recordaros vuestros votos para con el Senado y el pueblo de Roma —declaró el suboficial—. Pero no debería ser yo quien os explicara cómo, hace tres siglos, los galos saquearon nuestra amada ciudad. O quien os relatase los muchos crímenes que cometieron bajo los estandartes del púnico Aníbal.

Les hablaba con el rostro congestionado, mientras ellos contemplaban la batalla que se libraba tras él.

—Ningún soldado romano debería olvidar jamás a sus compañeros caídos a orillas del Sambre —añadió, inapelable—. Y menos aún vosotros, pues fueron los belgas quienes realizaron aquella traicionera emboscada contra nuestro amado Julio César. Ellos son los únicos culpables de nuestros padecimientos. Han sido los morinos, pueblo belga de estirpe gala, quienes, violando su juramento, se han rebelado contra nuestro imperio.

Durante un instante, la centuria guardó un silencio reverente: para el pueblo romano, «justicia» era sinónimo de «venganza», y no sólo era un derecho, sino una obligación moral.

Bastó una leve mueca sarcástica en el rostro de Annio para que Marco comprendiera lo que su compañero de armas quería darle a entender. El centurión no había dicho nada de abandonar el campamento de invierno, contraviniendo las estrictas órdenes del procónsul; ni de haber forzado marchas durante días, sin apenas suministros. Ni de por qué ahora se veían forzados a combatir, al no disponer de alimentos para un solo día más, perdidos en territorio hostil, sin retirada posible, jugándose el todo por el todo.

Cayo Licinio Varrón añadió lo importante:

—Y, sobre todo, no olvidéis el botín que os corresponde por derecho de guerra.

Por primera vez en días, hubo sonrisas y murmullos de aprobación.

—Varrón no es Cicerón, pero conoce su oficio —masculló Marco.

Annio bajó la vista, resignado. Era uno de los miembros de su contubernio, con los que compartía tienda, olla y una mula sarnosa para transportar la impedimenta. Un tipo bajito, bien entrado en la treintena, con un rostro jovial repleto de marcas de viruela, y que repartía su tiempo entre la bebida, el juego y las putas, de forma equitativa y sin seguir necesariamente este orden.

Los auxiliares se retiraban en desbandada, atravesando el espacio entre manípulos para situarse tras las dos cohortes, protegidos por

la lluvia de proyectiles de los honderos baleares. Marco los vio pasar, cubiertos de barro y sangre, cargando con los heridos. Contempló rostros atormentados envueltos en una maraña de pelo, colgados de la cintura de alguno de ellos.

Pensó que él podría acabar así, ese mismo día: decapitado, yaciendo en un barrizal, devorado por los cuervos. Su cabeza conservada en aceites dentro de una cabaña, más allá de los límites de la civilización. Aferró con fuerza su pilo. El tacto del arma enastada y el peso de la *lorica* lograron transmitirle confianza.

El torrente de auxiliares se fue agotando; a lo lejos resonaron las tubas. Había llegado su turno: el *cornicen* de su centuria repitió la orden. Con su áspero acento samnita, el centurión vociferó algo y, como accionados por un resorte, los cuarenta y cinco hombres de la maltrecha centuria giraron hacia la derecha y empezaron a avanzar. Todos sabían que la segunda centuria de cada uno de los seis manípulos hacía lo mismo. Cuando ocuparon aquel espacio vacío, una nueva señal les hizo girar a la izquierda. Obedecieron sin romper la formación, hasta que las doce centurias se encontraron perfectamente alineadas al pie del castro.

Silencio. Por un instante, los bárbaros dejaron de gritar. Desde la cima, el espectáculo debía de ser impresionante.

Los legionarios comenzaron a golpear los escudos. Un ritmo primario, demencialmente constante, resonó en el campo de batalla como el sonido de una marcha fúnebre. Una amenaza. Algo que creaban y, al mismo tiempo, los arropaba. Algo que les hacía sentirse parte de una entidad superior, y los hacía mejores, más fuertes.

Somos milites. Legionarios. Las mulas de Mario. Y este es el latido de la máquina de guerra de Roma.

A sus espaldas, las tubas atronaron de nuevo y, como un eco, el resoplido de los *cornua* se difundió a lo largo de la línea de batalla. Las dos cohortes avanzaron hacia el enemigo, golpeando el escudo a cada paso. Desde lo alto, los bárbaros hacían honor a su nombre, vociferando insultos y desafíos en una lengua incomprensible. Una muralla de escudos de vivos colores fue aproximándose hasta que, al fin, los galos cargaron colina abajo.

Ya no llovía: jarreaba.

La lluvia azotaba su rostro. El agua helada había vuelto su carne insensible. Un rugido atronador lo envolvía y se confundía con el sonido de sus propios gritos. Una avalancha de hombres medio desnu-

dos se precipitó sobre él. Casi podía distinguir sus rostros, y ver el odio reflejado en ellos. Por primera vez, Marco sintió calor. Notó que se extendía por su entrepierna y bajaba por el muslo.

Un enjambre de jabalinas remontó el vuelo y cayó sobre la formación romana. Al igual que el resto, Marco se ocultó bajo el escudo. Notó varios impactos en él; a su alrededor llovían piedras y lanzas. Entre maldiciones y gritos de dolor, pudo escuchar el sonido del *cornu*. Gracias a él, supo que sus dos primeras filas arrojaban los pilos. Sólo cuando oyó el estruendo del choque, alzó la vista: los galos habían destrozado su formación y habían llegado hasta la tercera línea.

—¡Recomponed el cuadro! —gritó el centurión.

Annio ocupó el puesto de un compañero que yacía sobre un charco de sangre. Una cabellera rubia sobresalía por encima de un muro de escudos, una larga espada descendía con potentes tajos. Varios heridos se retiraban a gatas, mientras los dardos caían por doquier.

Sonó un toque de *cornu* y la primera fila retrocedió, para ser sustituida por la segunda. Marco ganó un puesto, tratando de no chocar con los compañeros que se retiraban hacia el fondo de la formación. Niñato, tras ocupar el lugar de Annio, arrojó su pilo. El opción le golpeó en la cara.

«*Imbécil*», pudo leer en sus labios. «*Acabaréis matándonos*».

Era otro de sus compañeros de contubernio, el segundo mando de la centuria; un veterano, arrugado y robusto como un enebro. Un cuerpo lleno de cicatrices, tres incisivos rotos y las orejas desgarradas por los guantes del pugilato describían su medio siglo de existencia.

Niñato se palpó la boca, contemplando su propia sangre. Aún sin comprender nada.

—A esta distancia, podrías haberle alcanzado a alguien de la primera línea —le explicó Marco. Una piedra golpeó su casco y lo interrumpió. Otra jabalina se clavó en el suelo, a una pulgada del pie. A su derecha, alguien se retiraba cojeando, herido en el muslo. De nuevo, oyó el *cornu*: avanzó seis pasos, cruzándose con dos legionarios, y arrojó el pilo con todas sus fuerzas.

Al desenfundar el *gladius*, imaginó a un enemigo ensartado en él.

Una vez más, sonó el *cornu*, y la primera línea se retiró. Entonces se encontró ante un océano de gigantes enfurecidos con largas espadas de doble filo. Pudo ver a Lucio Cornelio arrastrándose, con los intestinos desperdigados por el fango. Un hombretón desnudo, con el cuerpo pintarrajeado, trataba de decapitarlo.

El bárbaro alzó la vista y, por un momento, las piernas de Marco no respondieron. Su cuerpo no lo obedecía. Pensó en la muerte, en todos sus compañeros caídos en aquella tierra fría y hostil, donde el sol era un pálido disco de ámbar oculto tras un velo gris. En aquellos que mendigaban en los foros, lisiados de por vida, atrapados entre un pasado aciago y un futuro imposible. Por un instante pensó en todo ello y sintió miedo.

Entonces dejó de pensar.

Dio dos pasos al frente. El peso del cuerpo recayó sobre la pierna adelantada. El centro del escudo impactó en el rostro del bárbaro. Intuyó algo a la derecha: una figura alzaba su espada. Un paso, una nueva carga de peso, extendió el brazo girando la muñeca. La hoja del *gladius* se abrió paso entre las costillas y atravesó el pulmón.

Marco retrocedió para mantener la línea. Un golpe en su escudo le hizo tambalearse y acuchilló a su enemigo por instinto. Por segunda vez, sintió calor, esta vez en el rostro. Continuó luchando sin pararse a pensar si la sangre era suya o de otro.

Tras una eternidad, oyó un nuevo gemido de *cornu*. Se retiró hacia el fondo de la formación, con los pulmones ardiendo.

A medida que se incorporaban a la retaguardia, el optión distribuía a sus hombres para reorganizar el cuadro. Marco se topó con Annio y Niñato.

—El centro se está debilitando —comentó el más joven.

—Nos falta gente. —Annio había abandonado su habitual sarcasmo, lo cual evidenciaba que las cosas no iban nada bien.

A sus espaldas, los baleares utilizaban sus hondas más largas para arrojar proyectiles de plomo por encima de ellos.

—El legado ha ordenado reforzar el centro —añadió Marco.

La razón resultaba obvia, si se observaba la línea en toda su extensión. El ala derecha había ido ganando terreno, al tiempo que la izquierda retrocedía. Algo habitual en un ejército en el que todo hombre era diestro, por naturaleza u obligación, y avanzaba hacia el costado del arma, buscando refugio tras el escudo del compañero. Pero, esta vez, el centro comenzaba a ceder ante el empuje de los galos. La formación mostraba una alarmante curvatura.

Se habían materializado sus temores. La noche anterior, mientras agotaban el escaso vino que aún les quedaba, los contubernales habían charlado sobre ello hasta la madrugada. El centurión Quinto Celio Bíbulo les había traído la noticia: iban a desplegarse en un solo *acies*, en

lugar de en un *duplex acies*. La elección resultaba ardua: con una línea doble, la segunda cohorte actuaría de reserva para reforzar los puntos débiles de la primera, aunque así difícilmente podrían presentar un frente de batalla lo bastante extenso como para no ser rebasados por las alas. Esto no sucedería con las dos cohortes en paralelo, pero una formación tan poco profunda siempre corre el riesgo de romperse en algún punto. Y, una vez que esto hubiera ocurrido, todo estaría perdido.

—Los galos son inconstantes —había asegurado Annio—. Su carga siempre es fuerte al principio, pero si no logran debilitarnos, se desmoralizarán. Si logramos aguantar...

—No sabemos cuántos son. —El opción lo interrumpió con sequedad.

—El legado...

—Nuestro legado no sabe una mierda —añadió el veterano—. Y Licinio Varrón anda tras una *corona muralis*. Nos enviará al Hades con tal de conseguirla.

—Nuestro legado no sabe lo que hace —concluyó Quinto, con resignación—. Habla de desplegar dos cohortes, sin darse cuenta de que, en realidad, sólo tiene una. Con las dos unidades al completo, la táctica resultaría arriesgada. Tal y como nos encontramos ahora...

El eco de tales palabras resonaba en la mente de Marco mientras ganaba un puesto tras otro. Esta vez combatiría junto a Niñato y Annio..., y la espera sería menor. De algún modo, la compañía de sus dos contubernales le reconfortaba, aun sabiendo que se dirigían hacia las puertas del Tártaro. Una vez más, arrojó el pilo y, de nuevo, desenvainó el *gladius*.

Un bisono se retiraba, cubriéndose el rostro con las manos, profiriendo horribles gritos. Otro compañero se lo llevó a rastras. El resto de los novatos bajaron la vista, tratando de ignorarlo. Marco frunció el ceño.

Un solo hombre puede hacernos más daño que toda una caterva de bárbaros.

Aguardó su turno. El corazón le resonaba en el pecho como el tambor de un trirreme.

Al fin, la primera fila se retiró, y quedó ante un ejército de gigantes enfurecidos. Sus largas espadas descendían una y otra vez, destrozando escudos; con las lanzas buscaban un hueco entre ellos. Una

forma de combatir tosca, individualista, predecible. Con todo, eran hombres valientes, de una fortaleza proverbial; unos enemigos formidables.

Marco luchó de un modo rutinario, a la espera de un error. A su izquierda, Niñato lanzó una estocada abriendo la guardia. Tuvo que avanzar para cubrirle el costado con su escudo, protegiéndose con un tajo ascendente. El primer tercio de su espada alcanzó la mano que empuñaba un arma: logró cubrir el ángulo, pero no impedir que una lanza pusiera a prueba su cota de malla.

Sintió una punzada en el pecho y cayó al suelo. Logró incorporarse, dedicó un gesto de gratitud a Annio y volvió a ocupar su puesto, respirando fuego.

«*Estamos jodidos*», le decía la mirada de su amigo. No le faltaba razón. Por cada legionario que caía, tres galos habían muerto, pero la línea seguía cediendo lentamente. En cualquier momento su formación se rompería en algún lugar. Todo estaría perdido. Marco continuó luchando, a sabiendas de que aquel desenlace era inminente.

Debían ganar tiempo, resistir todo lo posible. Su única esperanza residía en que Annio no se hubiera equivocado, en que su enemigo, al verlos aguantar, acabara desmoralizándose.

El empuje galo fue menguando, hasta que su formación se convirtió en un rebaño de hombres amontonados, como ovejas en una tenada. Aquellos bárbaros que trataron de retroceder abriéndose paso entre sus compañeros eran acuchillados por la espalda. Los que intentaban combatir no podían blandir sus largas espadas, a falta de espacio. Pero los romanos sí pudieron hacer uso de sus *gladii* para apuñalarlos en el vientre. Avanzaron de forma implacable, ebrios de sangre, entre un mar de cadáveres y el cañaveral formado por millares de lanzas clavadas en el suelo, pisoteando a sus heridos hasta que morían ahogados en el fango. Acuchillaban y tajaban miembros, golpeaban y fintaban, ateridos a causa del agua helada que caía sobre ellos y les llegaba hasta los tobillos.

Uno tras otro, los estandartes enemigos fueron cayendo a medida que su ejército era literalmente aplastado. Sólo cuando se encontró ante un muro de compañeros, cubiertos de barro y sangre, Marco supo que la batalla había terminado.

Los soldados se abalanzaron sobre los cadáveres, buscando brazaletes y torques. Resonaron los gritos de los moribundos a los que degollaban para hacerse con sus armas.

Echó un vistazo a su alrededor, tratando de comprender qué había pasado. Escuchó la entrecortada voz de Annio a su espalda:

—Hemos debido de embolsarlos —dijo entre toses.

Él asintió en silencio. De nuevo se había impuesto la disciplina. Toda la fuerza y el valor derrochados por aquellos temibles guerreros no sirvió para nada: habían muerto, o acabarían como esclavos.

Marco deambuló por el barrizal sembrado de cadáveres, hasta toparse con una figura tendida en el suelo. Los huesos astillados asomaban por sus heridas, las facciones crispadas por el dolor. Una macabra versión de la escultura de Epígono, traída desde Pérgamo por algún sarcasmo del destino. El galo moribundo alzó la vista, ofreciéndole el cuello en un gesto universalmente conocido: «recibir el hierro».

Durante un instante, Marco experimentó un absurdo sentimiento hacia el bárbaro. Algo que iba mucho más allá de la piedad. Una solidaridad nacida de la conciencia de saber que, en otras circunstancias, él podría haber estado en su lugar.

Apoyó la punta del *gladius* sobre su clavícula e hizo descender el arma, empleando todo el peso del cuerpo. Hasta atravesarle limpiamente el corazón.

II

«Con una decisión insólita, el legado Fanio Cepión fue en pos del enemigo, a pesar de las quejas de aquellos que no mostraban fe en la empresa. Forzando marchas, logró alcanzar a los rebeldes y los obligó a presentar batalla a los pies de Gesoriacum. La lucha se mostraba ardua e impredecible para el general romano, pues tan sólo contaba con dos cohortes; mas con una apasionada arenga supo encender el ánimo de sus hombres. Siguiendo el ejemplo de Aníbal en Cannas, dispuso una línea de batalla extremadamente extensa y débil. Pese a ello, sus hombres pudieron aguantar con vigor la fiera embestida de los galos. Allá donde flaqueaban, Cepión enviaba presurosamente refuerzos y él mismo en persona acudió a la lucha, aportándoles un ejemplo que despertó su deseo de emulación. Finalmente, su mañosa táctica obtuvo los frutos esperados, ya que la concavidad de la línea hizo que el ejército bárbaro fuera envuelto, a partir de lo cual la batalla se tornó en carnicería, y en ella pereció hasta el último de los morinos».

La mañana se había presentado deslumbrante, o al menos todo lo deslumbrante que podría ser un día de febrero en el norte de la Galia.

Con el cálamo en la mano, Marco esbozaba las murallas del poblado recién conquistado que serpenteaban por el cerro. En la cima había instalado su *groma*, una cruceta de madera dispuesta en horizontal y nivelada gracias a cuatro plomadas. A varias decenas de pasos, Annio, Niñato y el optión situaban las varas de medición según sus indicaciones, para descomponer las formas del terreno en triángulos y rectángulos; polígonos cuya área y lados podría deducir gracias a las enseñanzas de Pitágoras y Tales de Mileto.

Marco era *mentor*, un ingeniero militar.

—¡Levántala más! —gritó.

—Maldita sea —rugió Annio—. ¿Es necesario tanto cálculo? Aquí arriba tenemos agua, un techo bajo el que cobijarnos y unas sólidas murallas. ¿Qué más hace falta?

Marco escuchó las protestas con indiferencia; para Annio refunfuñar era sólo un hábito más. Sin duda estaba agradecido por ayudarlo, pues eso le ahorra tener que desempeñar otras tareas mucho más ingratas. Como cargar con los cadáveres enemigos para incinerarlos.

—¿Y por qué debemos permanecer aquí? —gruñó el hombrecillo—. ¿No se supone que una flota vendría a recogernos?

—Lo que yo me pregunto es adónde nos llevarán esas naves —añadió el optión.

—Dicen que Octavio planeaba la invasión de Britania, antes de verse obligado a marchar al norte de Hispania —razonó Niñato—. Tal vez ha retomado su plan inicial.

—La guerra cántabra no marcha bien —repuso el optión—. Y el *princeps* no es de los que empiezan algo antes de terminar con lo que tienen entre manos.

Corría el año 729 desde la fundación de Roma y hacía seis que la guerra del triunvirato había quedado sentenciada frente a la costa de Accio. Poco después, Octavio aniquiló a Marco Antonio y la meretriz de Oriente en Alejandría. Tras una conveniente purga, el Senado lo nombró «primer ciudadano» y augusto, lo cual legitimaba el poder que le otorgaban sus legiones. De este modo se mantenían con vida las viejas instituciones republicanas, gracias a una piadosa farsa. Una comedia, según la cual en Roma no había ninguna monarquía, y los miembros de la curia podían expresar libremente sus opiniones; algo que la plebe había aceptado a cambio de la promesa de paz y un estómago lleno. El populacho con el que se había fraguado el ejército conquistador de medio mundo acabaría convertido en un ocioso rebaño sólo preocupado por los repartos gratuitos de trigo y los espectáculos del circo.

Tras participar en Accio, la Legión IX fue enviada a Aquitania para sofocar una revuelta. Después se desplazó hacia el norte y formó parte de un ejército que se disponía a invadir Britania. Hubo que dejar de lado estos planes debido al cariz que adquiría la guerra cantábrica. Así, mientras varias legiones marchaban hacia Hispania, la Novena fue dividida en destacamentos para asegurar el control de la Galia, conquistada tres décadas antes.

—Nos enviarán al Rin como guarnición —opinó Niñato—. Están licenciando a los veteranos, entregándoles dinero y tierras. En Roma, la gente está harta de tanta guerra, y Octavio ha jurado

traer una era de paz, después de que haya puesto orden en las provincias.

—Roma lleva cuatro siglos pacificando todo el maldito orbe terrestre —terció con aspereza el optión—. Cada guerra que emprendió iba a ser la última, pero sólo trajo otra más. Mi padre sirvió a César, mi abuelo a Cayo Mario, y yo llevo casi veinte años de campañas ininterrumpidas: siempre ha habido guerra y siempre la habrá.

—«Si quieres paz, prepara la guerra» —recitó Marco, irónico.

—Maldita sea —se lamentó Annio—, una cosa es defender Italia en *Aquae Sextiae*, o conquistar Egipto para disfrutar de la compañía de hermosas esclavas sirias, y otra muy distinta es acabar aquí, en el culo del mundo.

—No deberías haber hecho caso a los oficiales de reclutamiento —le señaló su amigo tras realizar una nueva medición—. ¿O es que tú también has abrazado el estoicismo, convirtiéndote en un amante de la paz?

—Soy un honrado profesional de la guerra —manifestó el aludido con orgullo—. Realizo matanzas, incendios y mutilaciones por doscientos veinticinco denarios al año, unos diez ases al día. Si, además, se me descuenta una parte para costear mis armas y el fondo de pensiones, apenas me queda una mísera cantidad para poder mantener mi modo de vida castrense.

—Antígono, como médico, ya te ha advertido que...

—Los griegos lo tienen fácil, porque son unos depravados y lo mismo les da la carne que el pescado —prosiguió Annio—. Pero resulta difícil disfrutar de los placeres de Venus cuando apenas hay una mujer civilizada en cien millas a la redonda y las únicas disponibles se aprovechan de la situación de forma abusiva.

—Odias tener que pagar por follar —concluyó el optión.

—En absoluto; lo que me molesta es la falta de ética profesional —razonó Annio, imperturbable—. Además, ya sabéis que mi corazón pertenece a una dama.

Marco advirtió que la frente le abrasaba. El día iba a ser duro y lo peor estaba aún por llegar.

Y como podía empeorar, lo hizo. Le ordenaron acudir a la reunión del consejo que estaba teniendo lugar en la acrópolis. Consumido por la fiebre, se presentó ante el legado, rodeado por una docena de centuriones. Fanio Cepión exhibía una túnica tan deslumbrante como el mármol del monte Himeto. Una coraza de bronce

convertía su torso en el de un dios griego, sobre el que se erguía un rostro sonrosado de boca ancha y labios carnosos que le otorgaba aspecto de fauno, impecable gracias al trabajo del barbero. El cabello, rubio y ensortijado, había sido meticulosamente peinado hacia delante. La egregia apariencia de aquel patricio de treinta y dos años contrastaba con la de los hombres que lo servían, los cuales se habían despojado de sangre y barro con una fortuna muy desigual. Después de una batalla y quince días marchando a través de barrizales, Marco consideró que nadie podía pedirles mucho más, al igual que a él mismo.

Tras verse sometido a un breve escrutinio, un rictus en los labios del noble le dejó claro que pensaba de un modo distinto. El *mentor* se había mudado de túnica y calzones, pero ambos estaban salpicados de fango. Su cota de malla presentaba un desgarrón allá donde una lanza la había desgarrado, y en sus hombreras aún se podían adivinar varios regueros de óxido, a causa de la lluvia. Había limpiado a conciencia tanto la espada como el puñal, que ahora colgaban con pulcritud de su cintura.

Durante un instante, el *mentor*, asaltado por un absurdo sentimiento de culpa, bajó la vista. Al alzarla se vio de nuevo ante una mirada inquisitiva. Estaba claro que su superior esperaba que dijera algo, y él no sabía muy bien qué. Con todo, aceptó el desafío, y de forma deliberada desvió su atención hasta los cuerpos de sus compañeros que yacían amontonados sobre el barro. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, había irritación en los del legado: ambos sabían quién se había enfrentado a millares de bárbaros y quién había contemplado el espectáculo sentado cómodamente en su cátedra.

Aquel trance se tornaba peligroso. Tras un carraspeo, Quinto acudió en su ayuda:

—Estamos considerando la posibilidad de trasladar hasta aquí el campamento.

El *mentor* asintió y, tras desplegar sus planos sobre la mesa, admiró el paisaje circundante, comparándolo con las líneas trazadas por su cálamo. El castro se asentaba sobre una colina que dominaba la orilla oriental de una caudalosa ría que desembocaba en el mar británico y, hacia el noroeste, casi se podía intuir la costa de aquella isla. Hacia el sur se veían los campos de cultivo, ahora estériles, y más allá, sobre otro altozano en medio de una inmensa llanura boscosa, habían construido su campamento de campaña. Rodeado por un perímetro

defensivo formado por una fosa y un terraplén, habían dispuesto las habituales estacas portátiles para formar una débil empalizada, reforzada por una maraña de ramas clavadas hacia el exterior hasta formar una cerca casi impenetrable.

Observó su obra con orgullo, pues se trataba de un campamento de libro. Un recinto perfectamente rectangular, de esquinas redondeadas, en el que la longitud de su lado menor era las dos terceras partes del mayor. En cada uno de sus lados había una puerta protegida por una prolongación de las defensas en forma de arco: la orientada hacia el enemigo era la puerta pretoria; frente a ella se hallaba la decumana. Ambas estaban unidas por un camino toscamente empedrado que atravesaba el campamento, conocido como vía pretoria. Las otras dos entradas eran la principal derecha e izquierda, conectadas por la vía principal, de forma que estas dos amplias sendas dispuestas de forma perpendicular coincidían con los dos ejes del recinto. En el punto en el que ambas se cruzaban se encontraban los *principia*, el cuartel general donde se custodiaban las insignias de las unidades y, frente a él, el pretorio, el pabellón del comandante y su guardia personal. Por detrás de este, una nueva vía, paralela a la principal y llamada quintana, se prolongaba de lado a lado, de forma que esta red de caminos delimitaba seis parcelas en las que se disponían las tiendas de campaña de cada contubernio de ocho hombres, agrupadas por centurias y separadas del perímetro defensivo por un amplio espacio llamado intervalo.

En efecto, se trataba de un campamento de campaña, también llamado «de verano», pues existía la norma no escrita de que las campañas militares debían realizarse durante la temporada estival. Pero incluso aquellos acuartelamientos destinados a hospedarlos en barracones durante los largos meses de invierno contaban con una disposición idéntica, de forma que esta siempre les resultara familiar allá donde estuvieran, ya fuera en los bosques de Germania, ya fuera en los desiertos de Libia.

Marco centró de nuevo su atención en el dibujo del poblado e inspiró antes de comenzar:

—Se trata de una fortificación construida por bárbaros y, por tanto, su planta es irregular, pero, pese a ello, efectiva. El muro gálico está formado por una estructura combinada de vigas de roble y mampostería sin argamasa, por lo que es muy resistente a los arietes y, al mismo tiempo, resulta casi inmune al fuego. Derribando el tramo

existente entre estos dos puntos, y uniéndolos por medio de un muro recto, podremos aprovechar buena parte de la construcción, haciéndola rectangular.

Hizo una breve pausa, para comprobar que su audiencia permanecía atenta a sus palabras.

—La puerta pretoria y la decumana han de situarse en los accesos ya existentes, lo que obliga a que la vía pretoria sea oblicua —continuó—. Aquí mismo, se asentarían el pretorio y los *principia*. Habría que derruir las cabañas que aún se mantienen en pie y allanar el terreno en esta zona, para construir los barracones.

Alzó la vista al terminar. Como era habitual, el centurión Licinio Varrón lo contemplaba con el ceño fruncido, aferrando con fuerza su vara de vid, a la espera de encontrar alguna fisura en su exposición. Una perspectiva que sin duda le resultaba tan atractiva como a una zorra colarse en un gallinero. Era un hombre cuadrado, tanto en rostro y hombros como en sus propias convicciones, para el que todo intercambio de opinión constituía una guerra abierta; para él, toda relación humana era una lucha por establecer la supremacía. Desde el momento en el que ingresó en su unidad, le había profesado esa clase de hostilidad que suele demostrar aquel que se sabe inferior a quien desprecia. La creación de la *vexillatio* le había supuesto a Marco un temporal ascenso, al otorgarle la oportunidad de realizar las labores de *mentor* y, por tanto, ser el responsable de la construcción de los campamentos de su destacamento. A partir de entonces, su desprecio se había convertido en odio, y sólo su condición de inmune, además del precario equilibrio de poder existente entre los mandos intermedios, lo había librado de serios contratiempos.

Este equilibrio dependía en gran medida de los dos suboficiales situados a su derecha. Cayo Voconio Mauro era su *pilus prior*, el centurión de mayor rango de la segunda cohorte. Un hombre bajo y enjuto, de cabello grisáceo y cejas pobladas, bajo las que se ocultaban unos ojos inquietantemente vivaces. Un rostro inexpresivo, de pómulos hundidos, boca estrecha y unos finos labios que sólo abría en ocasiones contadas. A causa de la edad y la costumbre, las escamas de bronce de su cota de malla parecían formar ya parte de su cuerpo, al igual que las grebas que cubrían la parte inferior de sus piernas.

Ahora lo observaba fijamente, con las manos reposando sobre los pomos de sus armas, en una pose relajada, aunque al mismo tiempo

enérgica. Su aspecto, metálico y correoso, coincidía con su carácter: veterano de César en sus guerras gálicas y civiles, superaba ya el medio siglo de existencia y era respetado por todos, temido por la mayoría y por nadie ignorado.

Quinto era su antítesis. Con veintitrés años de edad, su centurionado obedecía al hecho de contar con una renta anual superior a los cuatrocientos mil sestercios, lo cual lo convertía en miembro de la clase ecuestre. Mientras que para el resto de los centuriones su rango constituía el punto culminante de sus carreras, para él sólo había sido un comienzo. De familia acomodada, aspecto agraciado, carácter afable y cínico, su padre lo había obligado a alistarse a causa del licencioso rumbo que había adquirido su vida.

Marco había disfrutado de su amistad desde el mismo momento en el que ingresó en la Novena, tres años atrás, y pronto el joven centurión acabó participando en las informales reuniones de su grupo de camaradas. Respecto a su estado de gracia con Voconio Mauro, obedecía a un respeto que se había ido fraguando y al simple hecho de que detestaba a Licinio Varrón.

Sin embargo, el *pilus prior* no iba a ser por ello menos exigente con su trabajo.

—¿Y los almacenes? —inquirió.

—Los hórreos para el grano pueden edificarse aquí. —Señaló con el índice un punto en el papiro—. Hay una fuente en el castro, aunque podríamos levantar un brazo hasta el río, para asegurar la aguada.

Tras sumergir la punta del cálamo en el tintero, trazó sobre el plano una prolongación de las defensas, en forma de dos líneas paralelas que llegaban hasta el borde de una ancha franja azul. Aunque el problema era otro. Ambos lo sabían.

—Se trata de una disposición inusual —añadió Voconio Mauro.

—Al igual que las circunstancias en las que ahora nos encontramos.

Los centuriones intercambiaron miradas de inquietud; se trataba de una cuestión de vital importancia. Más de un siglo atrás, durante el transcurso de las guerras celtibéricas, el cónsul Fulvio Nobilior decidió invernar en un campamento de verano frente a Numancia. Obligados a dormir en tiendas de campaña y acosados por los arévacos, muchos soldados perecieron de enfermedades. Construir una fortificación aprovechando las defensas de un castro no era algo del

todo inusual, y el propio Julio César había recurrido a ello durante sus guerras gálicas. A pesar de que habían dejado atrás los rigores de la estación fría, resultaba obvio que esa solución era la más sensata, dado el lamentable estado de la tropa.

Uno tras otro, la atención de los suboficiales fue recayendo sobre el legado. Tras un silencio teatral, concebido para alimentar la expectación, al fin se dignó a responder:

—Los tratados dicen que el intervalo ha de contar con al menos sesenta pies de ancho. Y en este lado apenas tiene la mitad. —Su índice recorrió el papiro por el espacio entre la muralla y los círculos que representaban las viviendas.

—El intervalo tiene como objeto mantener las tiendas lejos del alcance de los proyectiles enemigos y, al tiempo, permite formar a las tropas para realizar una salida —respondió Marco de forma monótona—. El lado oeste cuenta con un desnivel de más de sesenta grados, lo que reduce el alcance efectivo de las armas arrojadas hasta casi una tercera parte. Por lo demás, creo que existe espacio suficiente para desplegarlos.

—No es suficiente para formar a dos cohortes —repuso Fanio Cepión.

—Es que no somos dos cohortes.

Su réplica sonó como una blasfemia en el interior de un templo, y su instinto le advirtió de que, por algún motivo, había pinchado en hueso. No sabía qué era lo que se cocía, y, por tanto, había cometido el más grave error en el que puede caer un estratega: realizar una acción arriesgada sin reconocer el terreno.

Como era de esperar, Licinio Varrón no desaprovechó la oportunidad.

—Una cohorte es una cohorte, y lo seguirá siendo aunque esté formada por tres legionarios —manifestó—. No podemos olvidarnos de los genios, los espíritus protectores de cada una de las centurias. El sentimiento de pertenencia a la unidad, la identidad colectiva que simboliza cada *genius*, es lo que diferencia un ejército de un rebaño de hombres.

—Como espíritus, los genios son incorpóreos —respondió Marco con sencillez—. No creo que se ofendan si no cuento con ellos a la hora de calcular el espacio que ocuparán en la formación.

Las risas sonaron apagadas, casi inaudibles; aun así se dio cuenta de que había cometido un nuevo error, y no era haber ofendido a

los espíritus. Licinio Varrón era de esa clase de romanos que, ante una sequía, confiaba en que los sacrificios bastarían para traer el agua de la lluvia. Un rústico vestigio de aquel pueblo latino que, según un historiador griego, se enorgullecía de ser el más piadoso del mundo, más incluso que los propios dioses. Si Roma había construido un imperio era gracias a quienes edificaban acueductos, confiando tanto en los dioses como en su propio intelecto. Muy pocos habrían considerado impías sus palabras; la razón que se le escapaba debía de encontrarse en alguna otra parte.

—La verdad es que me preocupan cuestiones más mundanas —admitió Cepión—. El trazado de este nuevo campamento no se ajusta al modelo establecido en los tratados para una *vexillatio* de dos cohortes.

—Con todos mis respetos, legado —contestó Marco—: los tratados sólo muestran un modelo ideal, que puede y debe ser adaptado a las circunstancias, ya sean las características del terreno, los materiales disponibles o el número real de hombres. Si hemos de permanecer aquí, estas murallas constituyen la mejor defensa posible.

—Parece que al fin estás reconociendo tu incapacidad para diseñar un nuevo campamento de invierno. ¿O es que estás dando a entender que el ejército romano no puede construir una fortificación superior a la de unos bárbaros?

El tono era deliberadamente ofensivo. Fanio Cepión se enorgullecía de expresarse con eso que algunos nobles llamaban «franqueza»: evitar caer en la falsa modestia que supone no tratar a un inferior como tal.

—No, legado. —Marco se vio obligado a explicarle lo obvio—. Pero llevamos quince días de marchas ininterrumpidas, casi sin víveres, bajo la lluvia y el frío invernal. Los que no han muerto están enfermos, heridos o al borde de la extenuación. Edificar un nuevo campamento de invierno partiendo de cero es algo que se encuentra más allá de nuestras fuerzas.

—Y, sin embargo, es a los grandes generales a quienes les corresponde hacer lo imposible —concluyó Cepión.

Una vez finalizada la reunión, Marco no sintió el alivio de costumbre. Hasta ese momento, la sequedad de su garganta y el zumbido en su cabeza se habían confundido con el habitual malestar ante situacio-

nes como aquella, pero ahora la frente le ardía como si fuera un brasero.

Quinto caminaba a su lado, aparentando indiferencia. Ambos se dirigían hacia el campamento, pero él rara vez mostraba un gesto de familiaridad para con nadie, pese a que, en el pasado, los dos solos y espada en mano, se hubieran enfrentado a media docena de jinetes basternos. Aunque la época de las proscripciones había quedado atrás, un hombre de su posición debía cuidar a quien demostraba amistad, por el bien de ambos.

—Deberías haber prestado más atención en las clases de retórica. Le hablaba con el ceño fruncido, sin apenas mover los labios.

—¿Hubiera aprendido a ser mejor ingeniero? ¿A tener más sentido común?

—En ambos casos la respuesta es no —repuso—. Pero después de tantas horas malgastadas con el maestro de retórica, acabas encontrando ciertos argumentos predecibles. Te has metido tú sólo en la trampa.

—La próxima vez me cubriré mejor las espaldas.

—En realidad, él ya había tomado esa decisión, dijeras lo que dijeras. Trasladar hasta aquí el campamento no es que sea algo que se aleje de la ortodoxia militar. Después de todo, llevamos meses obviando las normas más elementales del arte de la guerra. El problema de fondo es que nuestro legado no va a tomar ninguna decisión que reconozca, aunque sea tácitamente, que ha perdido a la mitad de los hombres que se le confiaron.

—Eso es estúpido.

—Eso es política, y la política es estúpida. Ante un problema, una conducta racional sería tratar de solucionarlo. La solución política siempre será negar su existencia.

Marco recordó el día en que vio por primera vez a Cepión, dos años atrás, como nuevo oficial al mando de la Legión IX. Su apática mirada cuando le expuso sus necesidades le dejó bien claro que, para él, aquel cargo no era más que un molesto trámite dentro de su carrera. Si lograba labrarse una buena reputación, podría convertirse en propretor provincial antes de regresar a Roma y así aspirar al consulado. La meta de cualquier noble. Por ello, cuando estalló la rebelión de los morinos, no le sorprendió que Cepión no quisiera perder tiempo reuniendo a sus tropas y, con tan solo las dos primeras cohortes, forzara marchas hasta Gesoriacum, temeroso de que alguien

le robara la gloria. El legado apuntaba alto, y para los miembros de la clase senatorial no existía ninguna diferencia entre lo político y lo militar: ambos intereses confluían peligrosamente.

—Deberías ir a que te viera Antígono —le dijo Quinto.

Él asintió. Aunque no deseaba importunar al médico, las fiebres se habían llevado a demasiados compañeros como para no tomarse en serio su estado. Tras despedirse del centurión en la puerta pretoria, recorrió la senda toscamente empedrada para dirigirse al hospital.

Las tiendas de campaña habían sido cubiertas por túnicas raídas tendidas al sol, tras haber sido engrasada su cobertura de piel. Algunos soldados se acurrucaban en su interior, envueltos en gruesas mantas de lana, mientras otros molían el grano recién repartido o trataban de prender fuego a la escasa leña que casi por milagro habían logrado mantener seca. El resto limpiaba pacientemente sus armas, aunque aquellos exentos de servicio se habían reunido en pequeños grupos que charlaban en voz baja, canjeando monedas, fragmentos de torques y otros frutos del saqueo. No le extrañó descubrir a Annio sentado junto a varios miembros de la primera cohorte, jugándose a los dados el escaso botín obtenido.

Encontró el hospital abarrotado, a pesar de que habían montado pabellones para albergar a los heridos. Algunos disponían de un pequeño zócalo de piedra que mejoraba sus condiciones de salubridad, y se habían excavado varios canales a su alrededor para evitar que el agua se filtrase por el suelo, pero no eran más que un albergue miserable, con las paredes manchadas de moho y sangre, en el que los heridos eran amontonados sobre el suelo húmedo.

Marco recorrió las tiendas, contemplando aquellos cuerpos despedazados, apiñados como en los accesos de un anfiteatro, y de repente se sintió fuera de lugar. Iba a marcharse, pero entonces oyó una voz ronca a sus espaldas:

—Estoy aquí...

Antígono aún era joven y de cuerpo fibroso. Una nariz prominente y dos marcadas entradas le otorgaban el aspecto de un ave de presa, aunque se trataba de un hombre desconcertantemente honesto, casi ingenuo, con el que se podría jugar a la *micatio* incluso en la oscuridad. Su mirada poseía la intensidad del que no oculta nada y la fortaleza de aquel que siempre ve la muerte como un enemigo, y nunca como un aliado. Rodeado de una soldadesca

ruda y tosca, en el mejor de los casos, fanfarrona y cruel, la mayoría de las veces, se había ganado el respeto de todos demostrando una clase de valor único: la de aquel que, en la batalla, siempre piensa en los demás antes que en sí mismo. Era griego, de Tarento, aunque había estudiado medicina en Alejandría. Desde que Julio César estableció exenciones fiscales a esta profesión en la urbe, los mejores médicos habían procedido de las ciudades helenas. Al ser itálico, Antígono poseía la ciudadanía romana, aunque hablaba latín con un acento horrible y evitaba, en la medida de lo posible, expresarse en una lengua que, por lo demás, pasaba por ser menos culta.

—Tienes mal aspecto —comentó, preocupado.

Marco podría haberle dicho lo mismo. El médico había pasado toda la noche cosiendo heridas, reparando fracturas y amputando miembros, bajo la débil luz de las lucernas. Y saltaba a la vista que la mañana había transcurrido de una forma no muy distinta.

Se aproximó a él mientras se lavaba los antebrazos, ensangrentados hasta los codos.

—Me disponía a irme —se excusó.

—No te preocupes —repuso el médico—. Siéntate; ya había terminado.

Cuando obedeció, su amigo abrió el estuche del instrumental médico y comenzó a inspeccionar en su interior. La vista de Marco deambuló de un punto a otro hasta recaer sobre un cuerpo, apenas oculto por una manta raída. Era Décimo Valerio, un muchacho del Quirinal a quien acostumbraba a escribirle las cartas que este enviaba a su madre, pues él apenas sabía leer. En un gesto de gratitud, le había regalado un estuche para guardar sus planos, un cilindro de madera con una tapa meticulosamente labrada, pulida con paciencia con una piedra de río. Marco conservó aquel estuche durante años; en su memoria, Décimo permanecería joven para siempre, al igual que tantos otros que fueron quedándose atrás.

—Tal vez podría haberlo salvado —reconoció el médico, con semblante cansado—. Atender a ciertos heridos puede llevar tanto tiempo como hacerlo con sólo dos, y nunca tienes la seguridad de que se vayan a recuperar. Es lo más inhumano de la guerra. Matar a un hombre puede ser cruel. Ver caer a los tuyos siempre resulta duro. Elegir quiénes han de morir y quiénes vivir debería ser una decisión de los dioses.

Sonaba a disculpa, y no tenía por qué darla. Eso era lo que distinguía a Antígono de la mayoría de médicos, quienes se ven obligados a desarrollar cierta insensibilidad ante la muerte. Un mecanismo que les permite soportar el horror cotidiano, no muy distinto al que termina por endurecer el corazón de un soldado.

—Hipócrates escribió que las heridas son una ventana que nos permite observar el interior de un cuerpo mientras aún está vivo. —Hablabla en voz baja, como si revelase un oscuro secreto—. Cuando me alisté, no esperaba encontrarme con todo esto. Al menos, una vez que haya terminado mi libro, estas muertes no habrán servido para nada.

Al igual que los demás, Antígono se esforzaba por buscar algún sentido a lo que en apariencia no lo tiene, por hallar algo de esperanza donde sólo hay muerte. Sus apresuradas anotaciones y sus vacilantes dibujos sobre papiros salpicados de sangre no eran más que su herramienta para conseguirlo. Otros debían recurrir a otros caminos mucho más oscuros para alcanzar ese mismo fin.

Durante unos instantes, el médico apoyó su oído sobre el pecho de su paciente. A continuación, abrió su boca para inspeccionar el interior y, tras ello, examinó con atención su rostro, prestando especial atención a la brecha de la frente.

—¿Podrás adivinar...? —le preguntó Marco.

—Yo no hago adivinación. Estudio los signos que permiten conjeturar qué enfermos sanarán y cuáles morirán.

Entonces extrajo unos saquitos de tela de una caja de madera.

—Aunque lo cierto es que no hace falta elucubrar demasiado —añadió, introduciendo algunas hierbas en el interior de un almiraz—. Hipócrates y la escuela de Cos descubrieron que el cuerpo humano se compone de cuatro humores: sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla, formados por una mezcla de otros tantos elementos universales, como son el fuego, el aire, la tierra y el agua. Cualquier alteración en este equilibrio, debido a un exceso de frío, sequedad, humedad o calor, trae consigo la enfermedad y la muerte.

Sabía del interés de su amigo por su arte, así que nunca desaprovechaba la oportunidad de impartir una pequeña lección.

—Por eso resulta tan importante mantener una dieta sana —concluyó—. Una alimentación equilibrada, beber con moderación, ejercicio periódico, aseo diario y, sobre todo, no someter al cuerpo a excesos de frío y humedad.

Esto último lo dijo observando a los soldados que deambulaban entre centenares de tiendas erigidas en un barrizal perdido en los bosques de la Galia.

—Tú sólo has sido el primero en llegar.

III

Iba a ser lo que en jerga militar se llamaba «madrastra»: un mal campamento, un pésimo hogar, una fortificación deficiente. Habían repartido el trabajo por centurias y asignado a cada una de ellas un tramo de la fosa para a continuación construir el terraplén con la tierra extraída. Y a pesar de que el legado había ofrecido una generosa cantidad de vino a la unidad que terminara antes, las obras se desarrollaban con una desesperante lentitud.

No sólo estaban cansados y enfermos, concluyó Marco: lo peor es que ni tan siquiera creían en lo que hacían.

—En mi pueblo, había un pastor que acostumbraba a dejar una manzana en la puerta de su corral. Y cuando una cabra se acercaba para comerla, él aprovechaba para metérsela por detrás. —Dentro de la fosa, Annio jadeaba a causa del esfuerzo—. Al final, cuando veían a alguien con una fruta en la mano, todo el rebaño comenzaba a balar asustado.

Marco le dirigió una mirada de reprobación. Había elegido aquella colina para construir el nuevo campamento porque existían varias fuentes de agua, pero al ser tan pedregosa el trabajo estaba resultando extenuante. Por ello, consintió que el ritmo fuera más relajado de lo habitual; sin embargo, comentarios como aquel podían ser el desencadenante de cualquier manifestación de descontento.

Para los romanos, la disciplina era mucho más que unas simples normas de conducta: formaba parte de su religión y, como tal, se le rendía culto, como si fuera una deidad más. A los legionarios se los llamaba «las mulas de Mario», debido a que, tras la reforma emprendida por este cónsul, se veían forzados a marchar con sus armas e impedimenta a la espalda, a lo largo de interminables jornadas. Y al final de cada una de ellas, debían erigir las defensas de un campamento para pasar la noche. Una agotadora rutina en un ejército en el que la comida siempre era mala, la paga era escasa, los castigos eran brutales y los entrenamientos, interminables. Y a pesar de todo, las rebeliones no eran frecuentes. Sin embargo, ahora, observando

los demacrados rostros de sus compañeros, Marco era consciente de que se hallaban al borde de una.

—No le falta razón —dijo Antígono en voz baja.

El *mentor* asintió, a pesar de continuar en silencio.

—Cepión ha suprimido el vino de la ración diaria, y sólo lo entrega antes del combate —prosiguió el médico—. Con el tiempo, se ha convertido en una odiosa moneda de cambio entre el mando y la tropa, un presagio de la fatalidad inminente.

—Él lo considera la recompensa al perro de caza cuando trae una presa —dijo Marco—. Pero un soldado romano ya sabe que su deber es combatir, marchar cargado como una mula o romperse la espalda cavando fosas. Eso forma parte de su oficio. Lo que no soporta es que pretendan comprarlo con algo que le corresponde por derecho.

El griego le ofreció una infusión en un pequeño cuenco de cerámica.

—Tómatelo. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias —respondió justo antes de beber.

Antígono tocó su frente mientras examinaba atentamente el color de su piel. Colocó el oído sobre su pecho tratando de escuchar su respiración, y murmuró abstraído:

—Se me ocurren pocas cosas más estúpidas que mentirle a tu médico...

Había pasado los dos últimos días supervisando las obras y tratando de ocultar su enfermedad. En una ocasión, su padre adoptivo le había dicho que un buen líder debe contar con sólo dos virtudes: la capacidad para tomar decisiones rápidas y la seguridad para efectuarlas. Y si, además, estas eran las acertadas, tanto mejor. Ahora, obligado por las circunstancias, él trataba de llevar ese principio hasta sus últimas consecuencias.

—Procura abrigarte —le aconsejó Antígono, a modo de despedida—. Y, por Zeus, descansa un poco.

Él no podía permitirse ese lujo. Deambulando por el perímetro defensivo en construcción, contempló preocupado el material extraído al excavar, una grava caliza que no resultaba tan fácil de picar como la tierra húmeda, aunque tampoco servía para levantar un muro de piedra. Había ordenado utilizar las piezas de mayor tamaño para construir un lienzo de mampostería en su cara externa; sin embargo, tras inspeccionar las obras en toda su extensión, le resultó

obvio que no habría suficientes. Consideraba la posibilidad de buscar alguna cantera cuando vio que Quinto se aproximaba.

Tras conducirlo hasta un lugar apartado, el centurión le habló sin rodeos:

—Marco, ándate con ojo.

Un extraño silencio, y aguardó a que añadiera algo más.

—El legado está furioso —continuó Quinto—. Las obras no marchan como él esperaba y está buscando un culpable.

Durante un instante, ambos se observaron.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sé de lo que hablo, tengo mis fuentes. Cepión es un aristócrata de la vieja escuela: para manejar a la plebe, sólo conoce el palo y la zanahoria. Y ya ha visto que esta última no le ha funcionado.

—Si aumento el ritmo, habrá un motín.

—Y si no lo haces, nuestro legado encontrará cualquier excusa para su castigo ejemplar, y habrá otro motín —respondió el centurión.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Sugiero que no seas tú ese culpable.

Por un momento, la vista de Marco recorrió las obras. Niñato excavaba aquella interminable fosa, sin apenas fuerzas para levantar el zapapico.

—Cepión no es estúpido —aseguró—. O, al menos, no tanto como para deshacerse de su *mentor* en medio de una campaña.

Quinto, que había seguido la dirección de su mirada, frunció el ceño.

—Piensa en el después, en las consecuencias a largo plazo. Puede que Fanio Cepión te considere prescindible, o puede que no, pero no te quepa duda de que ni perdona ni olvida. A la larga, se encargará de hundirte. De todas formas, dará con cualquier otro infeliz para montar su espectáculo. Sacrificándote no cambiarás nada.

—La mayor parte apenas puede mantenerse en pie.

—Y tú no estás mejor que ellos —le contestó, irritado—. Preocúpate de ti mismo: no eres el responsable de que alguien no pueda aguantar el ritmo.

Marco miró sus armas antes de responder:

—Al alistarnos, todos hicimos un juramento: «Jamás abandonaré a mis camaradas para salvar la vida, jamás abandonaré mi puesto en la línea de batalla...».

—A la mierda con todo eso —soltó el centurión—. Ya hemos dejado a centenares de ellos atrás, bajo dos pies de tierra, a lo largo de toda la puta Galia. ¿O es que no lo recuerdas? —Era la primera vez que Quinto le levantaba la voz—. Olvídate de tus juramentos, de tus principios y de todos esos bellos ideales: los inventaron los mismos que ahora están sentados en su mansión del Palatino. Y lo hicieron para que actúes tal y como lo llevas haciendo toda tu vida.

Descubrió que algunos legionarios los escuchaban, y se maldijo para sus adentros. La mayoría observaba al *mentor* con respeto; otros sin duda se encargaban de que sus palabras llegaran a oídos del legado.

—¿También he de olvidarme de la amistad? —le preguntó Marco.

—La mitad de esta gente ni te conoce —masculló él entre dientes—. Esa es la realidad.

—Tal vez —respondió—. Pero hace dos días eran lo único que tenía a mi lado, a los pies de esa colina. Y eso también es real.

Antígono se dirigía hacia el hospital cuando se vio frente a trescientos seres humanos encadenados. En su mayoría mujeres y niños, eran los habitantes de aquel mísero poblado que, tras rebelarse contra la autoridad de Roma, habían sido despojados de su libertad. Ahora permanecían en un redil bajo una destartalada techumbre de ramas, sentados sobre el barro y envueltos en harapos.

El médico miró sus rostros con expresión sombría. La esclavitud existía desde los mismos orígenes de la civilización, y nadie cuestionaba su conveniencia. Cuando, cuarenta y cinco años atrás, fue sofocada la revuelta de esclavos liderada por Espartaco, Craso tuvo que liberar a dos mil hacendados que los rebeldes habían capturado para obligarlos a desempeñar los trabajos más serviles: aquella insurrección no había tratado de subvertir ningún orden social, sino de cambiar el papel que ellos desempeñaban dentro de él.

Antígono, fiel seguidor del pensamiento estoico, no podía dejar de lamentar el miserable destino de aquella gente. Si el estado de la tropa era deplorable, la mayor parte de los galos no sobreviviría ni un par de días.

—Disculpa. ¿Tienes eléboro negro?

Un joven cautivo le hablaba en dialecto jonio, sentado más allá de la cerca, junto a un individuo ya entrado en años que yacía con el rostro consumido por la fiebre. Al estudiar sus síntomas, no pudo

más que asentir: aquel hombre padecía pleuresía, y ese era el mejor remedio para su enfermedad.

Reflexionó durante un instante. No era fácil dar con aquella planta, y si no era atendido en un lugar seco y abrigado, seguramente moriría, con planta o sin ella. A pesar de ello, el médico abrió su desgastado zurrón para entregarle una pequeña bolsa. El muchacho esbozó una sonrisa cansada cuando se la entregó, y sólo entonces se dio cuenta de que sus manos no estaban encallecidas por el trabajo del campo. A juzgar por la calidad de su vestimenta, ahora hecha jirones, dedujo que eran un druida y su aprendiz.

—Gracias —le dijo el muchacho—. No tengo nada que dar a cambio...

Él asintió, para hacerle entender que no era necesario. El muchacho se inclinó sobre el sacerdote para introducir varias hojas en su boca. Al ver los dos cuencos vacíos sobre su regazo, dedujo que había estado alimentándolo con su propia comida. La *vexillatio* llevaba más de una semana padeciendo una atroz escasez de suministros. Muchos legionarios habían llegado a ingerir cuero hervido o cadáveres de animales encontrados en el campo, y, tras la conquista del castro, su dieta no había mejorado demasiado. Prefirió no imaginar qué les daban de comer a aquellos infelices.

Por un instante, observó la tierna mirada que el anciano lanzaba al muchacho y la desolada expresión de este; había mucho más que tristeza en ella, también un eco de desesperación.

Entonces entendió el porqué.

Aristarco, su maestro de medicina, había sido testigo del devastador incendio que arrasó una parte de la biblioteca del *Museion* de Alejandría durante la guerra que enfrentó a César contra Ptolomeo Filópator. Transcurridos veinte años, él era ya un anciano con centenares de pacientes muertos a sus espaldas, pero cada vez que recordaba aquel día aún lloraba como un niño.

Hay algo excepcionalmente trágico en la destrucción de un libro. Una pérdida que va mucho más allá de lo físico, pues supone la muerte de una parte del espíritu humano, aquello que nos convierte en algo más que animales dotados de intelecto. Durante veinte largos años, los druidas memorizaban todo el saber de su pueblo, palabra tras palabra, hasta convertirse en un eslabón más dentro de una larga cadena de conocimientos que se remontaba a la noche de los tiempos. Una vez que aquella cadena se hubiese roto, todo ese legado se

esfumaría para siempre. Antígono comprendió que, para aquel joven, la muerte de su maestro suponía una pérdida similar a la de toda una biblioteca.

Otros prisioneros lo contemplaban con la desesperación dibujada en sus rostros, y recordó lo que le había dicho a Marco dos días atrás: tan sólo los dioses deberían decidir quiénes han de morir y quiénes pueden vivir.

No obstante, se dirigió al centinela.

—Soldado, ¿qué parte del botín me corresponde?

—Cada oficial puede elegir un prisionero —le respondió el legionario.

Antígono inspiró profundamente.

—De acuerdo, me quedo con este —dijo, señalando al adolescente—. ¿Y qué hay del anciano?

—Es de mi propiedad —aseguró una voz a sus espaldas.

Un centurión de la segunda cohorte se había aproximado, intrigado por la atención que el médico dedicaba a su recién adquirida posesión.

—Te doy cien denarios por él —le dijo Antígono.

—¿Estás de broma, griego? Es un druida, un hombre cultivado. Vale al menos cinco veces esa suma.

—Te doy cien denarios por él porque es posible que su enfermedad aún tenga remedio —replicó el médico, fingiendo desinterés—. Y puedes estar contento, pues si no lo atiengo ahora mismo, mañana estará muerto y no valdrá nada.

Maldiciendo en voz baja, el centurión se vio obligado a aceptar. En ese momento, oyeron un griterío procedente de la cima de la colina.

Un pesado cesto de esparto cargado con grava había caído rodando desde lo alto del terraplén y provocó un derrumbe que a punto estuvo de sepultar a un par de legionarios que trabajaban dentro de la fosa. Marco fue hacia allí corriendo, dispuesto a ayudarlos. Tras asegurarse de que ambos se encontraban ilesos, inspeccionó aquel desastre.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Se puede saber quién ha sido el imbécil?

—¿Quién va a ser? —respondió Annio de forma cansina—. El puto Niñato.

Apenas hacía diez meses que Niñato había ingresado en su unidad, pero ya nadie recordaba cuál era su verdadero nombre. Era el hijo de un filósofo estoico, antiguo preceptor de un adinerado miembro de la clase senatorial, quien le había otorgado la libertad en gratitud. Cuando su antiguo patrón falleció de fiebres, el escaso dinero que les legó apenas duró un par de años. Nacido en libertad y sumido en la pobreza, Niñato trató de seguir los pasos de su padre, pero todos sus intentos por hallar un mecenas fueron infructuosos. Pronto descubrió que la filosofía no sirve para llenar el estómago, así que no vio más salida que alistarse. Apenas contaba con la edad mínima para ingresar en el ejército, y, acostumbrado a una vida acomodada aunque servil, su torpeza para desempeñar las labores del soldado le granjeó enseguida la antipatía de muchos compañeros.

Marco lo observó con atención. Alto y delgado, tirando a desgarrado, a pesar de su macilento aspecto los suaves rasgos de aquel pálido rostro cubierto de acné evidenciaban su mocedad. Con la frente perlada en sudor y las manos en carne viva, resultaba palmario que quiso arrastrar un cesto y su peso lo había vencido.

Iba a reprenderle cuando llegó Licinio Varrón.

Sin pronunciar una sola palabra, el centurión golpeó brutalmente a Niñato en la testa. Este cayó al suelo, como un saco lleno de tierra, y entonces el centurión comenzó a apalearlo con su bastón.

El castigo acostumbrado ante un descuido como aquel habría sido sustituir el trigo por cebada en su ración diaria y obligarlo a permanecer todo un día de pie fuera del campamento, con la túnica sin ceñir, despojado de la honra que le otorgaba su cinturón militar. Por faltas más graves el centurión podría azotarlo con su vara de vid, el instrumento con el que impartía justicia, símbolo de su rango. Sólo cuando se cometían delitos excepcionalmente onerosos, en los que un soldado ponía en peligro la vida de sus compañeros, los mandos decretaban que este debía ser apaleado hasta la muerte.

A su alrededor se fueron congregando soldados, con una expresión tan sombría que Marco temió lo peor. Algunos bajaron la vista, aunque la mayoría dedicaba al centurión una mirada de odio. Marco ignoraba si Licinio Varrón obraba así *motu proprio* en un intento de ganarse el favor del legado o si, por el contrario, toda aquella gratuita demostración de poder disfrazada de autoridad era algo que previamente habían acordado.

Volvió a contemplar a la tropa con creciente inquietud. A lo largo de las interminables guerras, aquellos soldados habían cometido toda clase de atrocidades. Muchos procedían de los bajos fondos de una sociedad donde la violencia era endémica y en la que el mayor espectáculo imaginable era contemplar a centenares de hombres desangrándose sobre la arena de un anfiteatro. Pero aquello era distinto. Puede que Niñato no fuera de su agrado, pero había marchado junto a ellos entre barrizales, había combatido a su lado y, al igual que todos, tenía las manos encallecidas por horadar aquella maldita colina. Llovía sobre mojado, y aquella injusticia era la gota que de un momento a otro iba a desbordar el vaso.

Quinto, que había acudido hasta allí atraído por los gritos, lanzó una muda advertencia a su amigo. No había duda sobre lo que ambos pensaban.

Varrón continuaba golpeando al muchacho, que permanecía acurrucado en posición fetal, hasta que su vara de vid se astilló en pedazos. Entonces se dirigió hacia uno de sus subordinados con la mano extendida.

—Dame otra —le ordenó.

Antígono se abrió paso entre la multitud para inclinarse sobre el joven tendido en el suelo, cuya sangre se mezclaba con el barro que le salpicaba el rostro. El médico observó sus heridas y la palidez de su piel: tosía entrecortadamente, tratando de respirar. Cuando alzó la vista, Marco descubrió en su expresión una dureza que jamás había visto en él.

—Está enfermo —dijo.

Ignorándolo, Licinio Varrón se aproximó a Niñato, blandiendo una nueva vara de vid. El médico se incorporó para interponerse entre ambos.

—He dicho que este hombre está enfermo. —Esta vez la voz de Antígono hizo que el centurión se detuviera.

Y a continuación, dijo a sus dos auxiliares:

—Llevallo al hospital.

Durante un instante, ambos dudaron.

—¿Es que no me habéis oído? —rugió.

El centurión parecía no dar crédito a lo que estaba sucediendo. Formalmente, él era el inmediato superior de Niñato y, por tanto, tenía autoridad para castigarlo, pero era el médico quien decidía si un hombre se hallaba en condiciones para el servicio. El rostro de

Varrón se congestionó; una mirada furibunda llameaba en sus ojos. Dio la impresión de que iba a golpear al galeno, que permanecía de pie frente a él, desarmado. Varios soldados alzaron sus zapapicos, blandiéndolos amenazadoramente.

Marco descubrió que, a cien pasos de distancia, Cepión observaba la escena, escoltado por sus *beneficarii*. El signífero y el *tesserarius* de la centuria se habían situado junto a Varrón. Poco a poco, se fueron reuniendo sus incondicionales.

El *mentor* evaluó la situación. La mayor parte de los suboficiales daban muestras de apoyar a Varrón. Pero si golpeaba a Antígono, él tendría que intervenir, y tal vez eso obligaría a Quinto a ponerse de su parte, lo cual eran palabras mayores. Que un centurión formase parte de una insurrección hacía que esta contase con cierta legitimidad. Aquello podía ser el desencadenante de cualquier cosa.

Voconio Mauro no se encontraba allí. Si aparecía, podría terminar con todo esto. ¿Dónde diablos estaba? El legado, de momento, parecía mantenerse a la expectativa. En caso de que la revuelta fuera sofocada, habría alcanzado su objetivo y tendría la excusa perfecta para diezmar a toda una centuria. Si, por el contrario, la situación se le iba de las manos, aún estaría a tiempo de dar marcha atrás y culpar a Varrón de atacar a un suboficial de su mismo rango.

Cuando el desenlace se antojaba inminente, un centinela llegó desde lo alto del castro recién conquistado, donde se había construido una torre de vigilancia. Corría hacia el legado, profiriendo grandes gritos:

—¡Una flota! ¡Viene una flota!

Súbitamente, la multitud que se había congregado se dirigió hacia el lado norte de la colina: a lo lejos, en el mar, se insinuaban las formas de una veintena de velas hinchadas por el viento.

Por fin habían venido a recogerlos.

IV

—Por la muerte en combate.

Annio recitó su acostumbrado brindis alzando el vaso con solemnidad; una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro maltratado por la viruela. Nadie sabía si pronunciaba aquellas palabras en serio o si lo hacía más bien movido por algún oculto sarcasmo, pero lo cierto era que estas solían ser el comienzo de sus jubilosas melopeas.

Compartiendo su mesa, se hallaba el optión, quien vertió un sorbo de vino sobre el suelo para realizar la clásica libación a los dioses.

—«Mi lanza cuece mi pan y despacha vino de Ismaro. En la lanza me apoyo cuando bebo» —declamó el hombrecillo.

Y sin más preámbulo, dio un largo trago a su copa.

—Maldita sea —gruñó nada más saborear el líquido rojizo.

Su veterano compañero asintió con desagrado. Se habían sentado bajo un toldo en una improvisada taberna propiedad de Barbato, uno de los miembros del pequeño ejército de mercaderes, adivinos y prostitutas que acompañaban a su unidad en cada campaña. Llegaron dos días antes, junto con aquella flotilla de naves de transporte que, según se rumoreaba, tenía como misión trasladarlos hasta algún puerto desconocido.

—¡Barbato, jodido estafador! —rugió Annio tras levantarse—. ¿Es que ahora te dedicas a mear en tus ánforas?

Un individuo rechoncho y de piel morena, con dos grandes cejas negras que enmarcaban unos diminutos ojillos saltones, abandonó sus tareas para aproximarse a la mesa con aire solícito:

—Disculpad, nobles señores, ¿acaso os desagrada mi vino?

—Puedes estar seguro de ello, maldito bastardo —prosiguió Annio, iracundo—. He bebido toda clase de ponzoñas en mi vida, pero jamás he tenido que pagar un precio tan desorbitado por una mierda semejante.

—Entiendo que alguien de vuestra alcurnia esté acostumbrado a degustar tan sólo los más refinados néctares —respondió el taber-

nero, haciendo gala de un empalagoso sarcasmo—. No obstante, debéis comprender lo arduo que resulta encontrar un buen vino por aquí.

—En cambio, a ti te resulta fácil dar con incautos a quienes estafar —terció el optión.

Aquella misma mañana, el legado les había dado permiso para vender el escaso botín obtenido, o al menos para canjear una parte por cualquier cosa que pudiera aportar alguna novedad a su magra dieta. Saltaba a la vista que los mercaderes ya habían pactado los precios entre sí, por lo que a los soldados no les quedó más remedio que aceptar una ridícula cantidad de dinero a cambio de sus prisioneros. Y ahora, aquellos mismos mercachifles les exigían una auténtica fortuna por una miserable jarra de vino aguada.

—Llegar hasta aquí resulta peligroso —refunfuñó Barbato, a quien parecía agotársele la paciencia—. Y el dinero que he de entregar a Emilio Arvina aumenta aún más el precio de mis productos.

Era una excusa, aunque también una amenaza velada. Arvina era el *promagister* de la sociedad de publicanos que abastecía a la Legión IX y, como delegado de esta empresa, asumía su dirección en las provincias alejadas de Roma, lo cual lo convertía en el patrón al que debía entregar una generosa comisión todo aquel que desease hacer negocios con su unidad, o de lo contrario sus matones se encargaban de hacérselo pasar muy mal. Se rumoreaba que andaba en tratos con el mismísimo legado y, por ello, varias veces este había obrado con mano de hierro para proteger sus intereses.

Estaba estipulado que una parte del botín correspondiera al general que dirigía la campaña, otra debía ser entregada a Roma y una última se repartía entre la tropa. Los soldados acababan dilapidando todo su dinero en la bebida, las prostitutas y la comida que les ofrecían sus comerciantes, por lo que buena parte de él terminaba en manos de la sociedad de publicanos. Se trataba de un negocio demasiado lucrativo como para que fuera cuestionado en público, y con aquellas palabras Barbato les había dejado bien claro a quién debían pedir explicaciones.

Continuaron bebiendo en silencio, hasta que resonó una voz a sus espaldas:

—Pero qué ven mis ojos..., si es Annio, mi más asiduo cliente. Temía que no hubieras sobrevivido, aunque ya veo que la mala hierba nunca muere.

Era una mujer de unos treinta años, bajita y un tanto rechoncha, aunque de aspecto agraciado y con un hermoso cabello pajizo recogido mediante cintas. Cargada con varias jarras de vino, se desenvolvía entre la grosera clientela con un insólito desparpajo, abriéndose paso entre las mesas como una respetable matrona en el foro. Ceñía su túnica por debajo de su generoso busto, atrayendo así todas las miradas hacia sus rotundos encantos.

—Mi dulce Lesbia... Precisamente fue tu recuerdo lo que me ayudó a soportar la desoladora crueldad de la guerra —aseveró Annio, embelesado.

—Estoy segura —repuso ella—. Oye, ¿no volverás a traer ladillas? Eres experto en hundir la buena reputación de una mujer.

—No fui yo, lo juro. ¿Qué he hecho yo para merecer esa imagen?

—Es fácil perderles el respeto a los hombres —señaló Lesbia, con el ceño fruncido—. Sobre todo cuando tienes que verlos desnudos, berreando encima de ti como un jabalí. —Al descubrir la desolada expresión de Annio y a su compañero tratando de contener la risa, reconsideró sus palabras—. Pero he de reconocer que eres todo un caballero. No como tú, pedazo de animal —recriminó al oírlo—. En fin, la taberna está llena...

Envalentonado ante lo que había interpretado como una abierta declaración de amor, Annio tomó su mano.

—Lesbia, he pensado que, cuando termines con el trabajo, podríamos tomar algo juntos —dijo con nerviosismo.

Aquello pareció sorprenderla.

—¿Qué quieres, follar gratis?

—Ya sabes que mis intenciones son honestas —contestó él.

—Peor me lo pones —dijo la mujer antes de irse.

Marco paseaba por el embarcadero construido para facilitar la estiba de la flotilla: una plataforma de madera dispuesta sobre la orilla, ahora repleta de soldados y mercaderes que descargaban toda clase de bultos. Había preguntado cuál iba a ser la embarcación que los llevaría hacia mar abierto, y movido por la curiosidad, decidió visitarla. Todos sabían que aquella flota tenía como misión trasladarlos hasta un nuevo destino, y él no dejaba de elucubrar sobre cuál podría ser. En cualquier caso, estaba claro que el campamento de invernada ya no era necesario, y, por tanto, el legado pudo fingir que el incidente

ocurrido dos días antes no había tenido lugar: Niñato fue declarado enfermo, y la brutal paliza recibida constituía el castigo por su negligencia. Aquello no merecía más que una línea en los informes, pero estaba convencido de que Fanio Cepión le había visto las orejas al lobo. *Nuestro legado ni perdona ni olvida*, se dijo.

Sumido en tales pensamientos, se topó con una vetusta embarcación de tipo *corbita*, enorme y panzuda, de casi veinte pasos de eslora, con unos ojos pintados en su casco hacia las amuras. Su sencillo aparejo consistía en dos mástiles; el más pequeño estaba situado en la proa, apuntando al frente, y en las vergas se habían recogido sus velas cuadradas. En la parte posterior, un minúsculo alcázar formaba un modesto refugio para proteger al piloto mientras manejaba las palas del timón. Con tan sólo ocho remos para ayudar en las maniobras de ataque, era una sólida, lenta y pesada nave de transporte, muy distinta de las alargadas galeras de guerra, como trirremes y *liburna*.

A pesar de su exigua experiencia marítima, Marco siempre se había sentido atraído por la inmensidad del océano, y naves como aquella habían protagonizado una nueva era de descubrimientos. Tres décadas atrás, Julio César no sólo conquistó la Galia, sino que además había atravesado el Rin para adentrarse en los fríos e inhóspitos bosques de Germania, y había logrado desembarcar con un ejército en la isla de Bretaña. Y ahora Octavio, su heredero, preparaba nuevas expediciones para explorar la costa septentrional de Europa.

Se dirigió hacia la cubierta, a través de una estrecha plataforma de madera que chirrió amenazante al sentir su peso, y suspiró aliviado cuando pudo apoyarse en la borda. Una mano lo asió del antebrazo para ayudarlo: frente a él se hallaba un individuo delgado, con una sonrisa traviesa dibujada en sus labios carnosos. Su nariz aguileña enfatizaba aquel aspecto semita, y aquella piel tostada por el sol hacía que el blanco de sus dientes resultara aún más deslumbrante.

—Bienvenido a la Juno, construida en tiempos del mismísimo Julio César —dijo, con una suerte de reverencia—. Mi nombre es Athar-Baal de Gades, *gubernator* de este entrañable ataúd flotante, aunque puedes llamarme Adérbal.

—Soy Marco Vitruvio Rufiano, *mentor* de la segunda cohorte. Tengo entendido que este barco nos trasladará a nuestro destino.

—¿*Mensor*? —respondió con agrado, mientras lo conducía hacia la popa—. Entonces tal vez podrías ayudarme con las mediciones. Intentamos mejorar nuestros mapas de esta costa.

—¿Son realmente fiables? Dicen que Piteas de Massalia recorrió esta parte del océano, a lo largo de toda la costa exterior de Hispania y la Galia, navegando hacia el norte hasta encontrar una isla cubierta de nieve y hielo, llamada Thule.

El gaditano esbozó una expresión desdeñosa.

—¡Bah! Los fenicios llevamos ocho siglos recorriendo estos mares en busca de oro y estaño, mucho antes de que esos sodomitas griegos se atrevieran a cruzar las Columnas de Hércules. Sí —concluyó—, aunque con muchas lagunas, tenemos mapas de esta costa, y yo mismo he llegado hasta Thule.

Marco sonrió de nuevo. Aquel marino era uno de los orgullosos descendientes de aquel pueblo aventurero que había fundado Gades, en el extremo sur de Iberia, para comerciar con un legendario reino llamado Tartessos. Se decía que, desde allí, Hannón había realizado un largo periplo por la costa de Mauritania hasta desembarcar en un enorme golfo cubierto de selvas, habitado por unos extraños seres peludos, mitad hombres mitad bestias, a los que llamó «gorilas».

A pesar de haber pasado por manos cartaginesas y ser conquistada por Roma, el apoyo de Gades a César durante sus guerras civiles había sido recompensado con la concesión de la ciudadanía a su población.

—¿Y cómo son los habitantes de Thule? —le preguntó Marco.

—Pálidos, rubios y condenadamente altos —aseguró Adérbal, con expresión evocadora—. Poseen pequeñas embarcaciones, de proa y popa simétricas, con las que recorren los lagos y los pantanos de aquella brumosa tierra. Son buenos marineros, y en ocasiones vienen hasta aquí para comerciar con ámbar, pieles y esclavos, además de con el marfil obtenido de alguna bestia desconocida.

Habían alcanzado el alcázar, en cuyo interior tan sólo encontró una mesa cubierta de mapas.

—Sin embargo —prosiguió el capitán de la nave—, no he visto nada de lo que tanto hablan todos esos jactanciosos charlatanes de taberna. Sí, es una tierra extremadamente fría, en la que existen animales extraños. O, al menos, tan extraños a nuestros ojos como a esa gente les resultará un elefante libio. Pero nada de sirenas ni demás zarandajas.

Marco sonrió ante su peculiar carácter.

—Pareces un filósofo cínico...

—Después de una década recorriendo el mundo conocido, he llegado a la conclusión de que los monstruos siempre existen lejos del propio hogar —sentenció—. Según los hispanos, la India está habitada por hombres sin cabeza, y los etíopes creen que nosotros tenemos un único ojo. En fin, los hombres pueden tener distintas facciones y la piel más o menos oscura, pero la estupidez es siempre universal.

—Y también lo es el miedo.

Adérbal se apoyó en la borda, para observar el enorme estuario que fluía poco a poco hacia el mar.

—Así es: nos asusta lo desconocido. Aunque tanto marinos como soldados somos gente cuyo oficio consiste en enfrentarse a diario a ello.

—Sí, el mar puede ser peligroso —señaló el *mentor*—. Tengo entendido que la época de navegación suele abrirse seis días antes de las calendas de junio.

El capitán se mostró aún más serio.

—Navegar por el océano exterior nunca resulta fácil, ni siquiera en verano —manifestó con el ceño fruncido—. No sólo existen grandes riesgos de tormenta y hay mar gruesa un día de cada doce, sino que además predominan los vientos del oeste. Y si es eso lo que deseas saber, te diré que nuestro destino es Burdigala, en la costa de Aquitania.

—Tendremos el viento en contra.

—Sí —admitió—. Además, como es habitual en los mares angostos, las corrientes del estrecho que separa la Galia de Britania son muy fuertes. Realizaremos navegación de cabotaje, pero estas aguas son poco profundas y la amplitud de las mareas es tan grande que la costa puede oscilar media milla. Puesto que también hay bancos de arena, es posible que encallemos.

Entonces Marco fue consciente del enorme calado de aquella nave; las embarcaciones galas tenían el fondo plano.

—En fin —prosiguió el gaditano—, una vez que lleguemos a Armórica contaremos con corrientes favorables que nos llevarán hacia el sur. Aunque te anticipo que va a ser una navegación lenta y complicada.

—Los de arriba deben de estar muy interesados en tenernos tan pronto en Burdigala —consideró Marco—. ¿Qué te sugiere tanta prisa?

—Guerra —respondió con total franqueza—. Y de las grandes.
—Sí, eso mismo creo yo.

Al pisar de nuevo el muelle, oyó un carraspeo a sus espaldas: era Sabino, el esclavo lidio que se había convertido en el mulero de su contubernio.

—El centurión desea hablar contigo.

La tienda de Quinto, de apenas diez pies cuadrados, no era mucho más espaciosa que la de un contubernio, pero, al ser más alta, podían permanecer de pie en su interior, y por ello el espacio útil era mucho mayor, aunque el escaso mobiliario resultara más bien austero, pues únicamente consistía en un lecho plegable, un par de sillas de tijera y un arcón.

Sentado con el torso desnudo, Quinto sumergió una esponja en una palangana de agua tibia para lavarse. Con veinte años y un cuerpo atlético, de sus hermosas facciones destacaban unos labios gruesos, incluso demasiado sensuales. Más allá de eso, no había nada femenino en él. Era la clase de individuo al que las mujeres sonríen sin motivo y en quien los hombres confían sin saber por qué.

—Acabo de salir de una reunión del consejo —le dijo—. Al parecer, vamos a Burdigala.

Se limitó a asentir en silencio: era algo que ya sabía.

—Cómetela. —Le arrojó una arrugada manzana que sin duda había formado parte del almuerzo de los suboficiales y que habría llegado en alguna de las naves.

El *mentor* la saboreó, agradecido. Hacía un mes que no probaba otra cosa más que gachas de mijo, guisantes y tocino mohoso.

—Octavio está reestructurando el ejército —le informó Quinto—. Terminadas las guerras civiles, el número de legiones resulta excesivo, y están bajas de efectivos. Ya ha refundado a la Décima, a partir de varias unidades dispersas, licenciando a los veteranos.

—Y ahora pretende hacer lo mismo con la Novena.

El centurión asintió.

—En teoría, nuestra *vexillatio* está formada por dos cohortes, novecientos sesenta hombres. En la práctica, contamos con una tercera parte y, aun así, hay diez centuriones. Si fusionan las dos primeras cohortes...

—... se desataría una guerra entre los mandos.

—En realidad, ya la hay —reconoció—. Voconio Mauro parece la mejor opción para primipilo. Si lo logra, el puesto de *pilus prior* de la segunda cohorte quedaría vacante, y Fanio Cepión desea que lo ocupe Licinio Varrón.

Cada cohorte contaba con media docena de centuriones, ordenados en función de un escalafón jerárquico, por el cual se ascendía hasta conseguir al puesto de *pilus prior*, que ahora ostentaba Mauro. A partir de ese cargo en la segunda cohorte, se podía aspirar a convertirse en uno de los centuriones de la primera que formaban el *primus ordo*, los cuales eran los jefes de un gabinete administrativo bajo el mando del primipilo.

—No sabía que nuestro legado apreciara tanto a Varrón como para convertirlo en el primer centurión de toda una cohorte —comentó Marco.

—Y no lo hace, pero Varrón es estúpido, servil y, por tanto, controlable.

—Aun así, no entiendo su preocupación por consolidar su posición aquí. Un legado suele desempeñar su cargo durante tres años y, por eso, él abandonará el suyo en breve. Creía que no tenía ningún interés en el ejército, sino en la política.

—Las ambiciones de Fanio Cepión sólo las conoce él mismo, y, desde luego, son oscuras —repuso Quinto, mientras se vestía—. La carrera de un senador es una senda cada vez más estrecha y empinada. Comienza como edil, más tarde pasa a tribuno militar y luego puede ser elegido cuestor antes de convertirse en legado. A continuación, su objetivo es el cargo de *propretor* provincial, y de ahí lo es saltar a la pretura en Roma. Si lo consigue, le será posible aspirar al consulado.

—Pero cada año se eligen veinte ediles y sólo dos cónsules.

—Y uno de ellos siempre es Octavio, lo cual deja una única plaza libre. Para llegar hasta allí, antes es necesario destacar por encima del resto. Por eso a Cepión sólo le interesa la Novena en la medida en que pueda labrarse una buena reputación —aseguró—. Y esto es un reflejo de lo que está pasando en toda la República. Tras la purga del Senado, y después de habersele abierto a la clase ecuestre las puertas del alto funcionariado, Roma es como un banquete en el que hay doscientos invitados, pero la mitad de asientos. Todos tratan de hacerse con un buen sitio, y los codazos son peores cuanto más cerca se desea estar del anfitrión. El gran reto de Octavio será dar cabida

a la clase dirigente dentro del nuevo régimen, antes de que el descontento haga que los republicanos cuenten con más apoyos.

Marco recordó las colas en las puertas de las grandes residencias, a primera hora de la mañana. Ciudadanos que aguardaban su turno, cargados de paciencia, para presentar sus respetos a su patrón, a quien habían jurado lealtad a cambio de protección, junto a sus libertos, aquellos esclavos a los que este había concedido la manumisión. De esta forma, se creaba una compleja estructura piramidal que, partiendo de los ciudadanos más humildes, alcanzaba a los más adinerados miembros del Senado. En Roma apenas existía diferencia entre el patrimonio público y el privado, se podía comprar cualquier cargo público, e incluso los sobornos estaban regulados mediante contrato. Un ascenso en el ejército dependía más del juego en las cartas de recomendación antes que de los méritos militares. Pues cada patrón trataba de situar bien a su clientela, sabedor de que, llegado el momento, tendría que devolverle los favores.

Y, por encima de todo, se encontraba la política. Durante las dos últimas décadas, los asesinos de César, Bruto y Casio se habían enfrentado a sus herederos —Lépido, Octavio y Marco Antonio—, y más tarde estos se disputaron el poder entre sí. Finalmente, Octavio acabó convertido en el dueño absoluto de la República, pero ahora Mecenas y Agripa, sus más influyentes allegados, competían por ganarse su favor a costa de sus dos jovencísimos herederos, Marcelo y Tiberio. El primero era hijo de Octavia, hermana del *princeps*, mientras que el segundo era el fruto del anterior matrimonio de su esposa Livia. Al carecer de hijos varones, la precaria salud del primer ciudadano lo había forzado a elegir de forma oficiosa a Marcelo como heredero, algo que había enemistado a las dos damas de hierro de la corte imperial.

Mientras tanto, los republicanos intentaban denostar la figura del *princeps* en un desesperado intento de que el Senado recobrase su antiguo poder. Dos años antes, Octavio había realizado una purga entre los miembros de esta cámara y, para menoscabar aún más su influencia, había favorecido a la clase ecuestre, a cuyos miembros les permitía desempeñar algunos cargos que hasta entonces no estuvieron a su alcance.

La situación política resultaba tan compleja como antaño; la única diferencia residía en que todas estas disputas ya no se libraban en campos de batalla. Y esa guerra encubierta que enfrentaba a infinidad

de bandos, cuyos intereses en ocasiones podían confluír, se reproducía hasta en el último rincón de la República.

—¿Cepión tiene vetado el salto a *propretor*? —preguntó Marco.

—No lo creo. Siempre ha sido un fiel partidario de Octavio —respondió su amigo—. Pero, por entonces, su trayectoria militar ha sido una estrategia de tierra quemada. Diezmar a la *vexillatio* para ganar renombre de momento ha podido resultarle rentable. Sin embargo, cuando deba rendir cuentas con los de arriba, no podrá ocultarles que la unidad se encuentra bajo mínimos, tras haber desobedecido órdenes. Y ahora se dedica a escribir cartas relatando sus hazañas, adornadas de un modo conveniente, por supuesto.

—Y supongo que tú ya habrás enviado las tuyas.

—Así es —reconoció—. Pero mis aspiraciones son mucho más modestas y, por ahora, me conformo con ser el *pilus prior* de la nueva segunda cohorte, cuando Voconio Mauro dé el salto a primipilo.

—Entonces, ¿lo apoyarás?

—Me interesa hacerlo. Se encuentra al borde del retiro, y pronto dejará una plaza vacante que yo podría ocupar, si cuento con su favor. Además, el viejo me cae bien. Y es muy respetado, por lo que me interesa que me relacionen con él.

—Me sorprende ver en ti ese afán de respetabilidad.

Quinto se encogió de hombros con cinismo. Aún había en él algo de aquel disoluto adolescente que, empleando su herencia como fianza, había recurrido a prestamistas para costear un ejército de prostitutas y todos los excesos imaginables. Acosado por los usureros, y al ser desheredado por su padre, había visto en el ejército su única salida.

—En Roma el poder siempre ha estado en manos de gente rica como Craso, o popular como César, o respaldada por el ejército, como Pompeyo —manifestó el centurión—. Si tengo que labrarme un futuro, y por tanto elegir entre el dinero, la popularidad o el prestigio militar, he de decantarme por este último. No es que tenga una especial predilección por él, pero no me queda otro remedio.

—¿Qué pinto yo en todo esto?

—Tú también eres respetado. —Ante su gesto de escepticismo, añadió—: Estoy hablando en serio: podrías aspirar a más. Naciste en el peor barrio de la ciudad, pero te has convertido en *mentor*, hijo adoptivo de Vitruvio Polión. Para la mayor parte de la tropa representas lo que ellos podrían haber sido. Y para los mandos, lo que en su día fueron o lo que les gustaría ser.

—No comparto tu punto de vista.

—Hablo de respeto, no de simpatía. Los hay que te admiran, otros te envidian, y no faltan los que te odian, pero nadie te desprecia.

—Quieres que escriba una carta —concluyó.

—En realidad, me gustaría que escribieras dos.

—Ni lo sueñes.

—Marco, para muchos hombres el pasado es un regusto amargo en su interior —le aseguró, tras un suspiro—. Algo que duele mirar. Aunque, a fuerza de hacerlo, acabas descubriendo en él a una parte de ti mismo. Créeme, sé de lo que hablo.

—No es sólo eso —repuso—. Es que no tengo ningún interés en participar en esas intrigas.

—Llegaste hasta aquí huyendo de ese pasado, y eres una persona desprovista de ambiciones. Pero, lo creas o no, estás inmerso en una guerra. Y pensar que puedes mantenerte al margen, sin hacer nada, resulta tan ingenuo como creer que es posible pasear desarmado por una batalla sin que nadie te acuchille. Fanio Cepión sabe que eres mi amigo, y Licinio Varrón te odia. Si no hacemos nada, harán que esta unidad se desangre hasta no dejar a nadie con vida. ¿Qué crees que pasará si Varrón se convierte en primipilo y no tengo poder para ayudarte?

«*La neutralidad favorece al opresor, y es la excusa del cobarde*». Al recordar estas palabras, de su padre adoptivo, se sintió acorralado. Quinto sabía muy bien qué mecanismos debía accionar para encaminarlo en la dirección elegida.

—Escribiré una carta a mi padre —concluyó—. Supongo que hablará con su patrón: con eso debería bastar.